

REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 75.

**Turquía y la UE: Trazando el camino
a seguir**

El modelo reacio: nacionalismo, religión y la vocación europea
de Turquía
Umut Özkirimli

El modelo reacio: nacionalismo, religión y la vocación europea de Turquía

Umut Özkirimli*

RESUMEN

¿Cabe pensar en Turquía como un modelo de Gobierno democrático para el resto del mundo islámico? ¿Puede ser Turquía un faro de la democracia en el mundo islámico? El objetivo de este trabajo es intentar dar respuesta a estas preguntas y, para ello, se centra en dos factores interrelacionados, que el autor cree fundamentales, a fin de intentar comprender la política interior turca: el "nacionalismo" y la "religión", dos elementos que han sido objeto de fuertes debates en Turquía en el cambio de siglo, en el marco de las dos últimas elecciones generales realizadas en abril de 1999 y en noviembre de 2002.

Palabras clave: UE, Turquía, integración regional, negociaciones, religión, islam, democracia, nacionalismo

¿Cabe pensar en Turquía como un modelo de Gobierno democrático para el resto del mundo islámico? Una respuesta autorizada sobre esta cuestión nos la ofreció, ya en 1994, el reconocido historiador Bernard Lewis al señalar que de los entonces 51 miembros soberanos de la Conferencia Islámica Internacional algunos nunca habían intentado establecer una democracia; otros la habían probado, aunque habían fracasado y posteriormente habían abandonado el ensayo; y unos pocos lo están intentando ahora otra vez, pero solo a partir de una relajación limitada y cautelosa del poder central:

“Varios de estos países han superado la primera prueba, la que se refiere al cambio de Gobierno por procedimientos democráticos. Sin embargo, sólo un país en la época

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universidad Bilgi de Estambul
umuto@bilgi.edu.tr

moderna ha superado un examen más minucioso, es decir, un segundo cambio de Gobierno por medio de procedimientos democráticos –de un Gobierno dispuesto a someterse a la voluntad popular y retirarse del poder a través del mismo camino que lo había llevado hasta allí. Ese país es la República Turca”¹.

No sólo Lewis ha señalado a Turquía como un faro de la democracia en el mundo islámico. En esta misma dirección, el ministro de Asuntos Exteriores británico, Jack Straw, apoyó la pertenencia de Turquía a la UE en una reunión realizada en el Institute of Public Policy Research (IPPR) el 8 de septiembre de 2005:

“Lo que está en juego aquí es más que el futuro de Turquía. Se trata del futuro de Europa también. Y ésta es una cuestión de gran importancia para toda la comunidad internacional. Turquía es una nación secular con una población mayoritariamente musulmana. Al dar la bienvenida a Turquía, demostraremos que la cultura occidental e islámica pueden crecer juntas como socias en el mundo moderno. Una Turquía próspera y estable y anclada en la Unión Europea sería un símbolo poderoso, sobre todo teniendo en cuenta que la verdadera división no es entre civilizaciones sino entre la mayoría de la gente civilizada y unos pocos incivilizados alrededor del mundo que se valen de la violencia y el terror para intentar destruir los valores comunes y las creencias que nos unen a todos los demás. De esta manera, se probaría que un Estado secular y democrático y respetuoso del islam puede vivir confortablemente dentro de Europa”².

Éste fue también el tema principal del discurso pronunciado por el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, en la Cumbre de la OTAN celebrada en Estambul el 29 de junio de 2004:

“Esta tierra ha sido siempre de gran importancia por su ubicación geográfica –aquí, en el punto de encuentro de Europa, Asia y Oriente Medio. Hoy Turquía ha adquirido incluso una importancia histórica mayor, dado su carácter de nación. Turquía es una fuerte democracia secular, una sociedad mayoritariamente musulmana y un aliado cercano de las naciones libres. Vuestro país, tras 150 años de reformas democráticas y sociales, deviene un modelo para otros y un puente que une Europa con el mundo más amplio. Vuestro éxito es vital para el progreso y la paz en Europa y en el Oriente Medio más amplio”³.

El objetivo de este trabajo es evaluar la validez de estas declaraciones, centrándose en dos factores interrelacionados y que creemos fundamentales a fin de intentar comprender la política interior turca. Estos dos factores son el “nacionalismo” y la “religión”; dos elementos que han sido objeto de fuertes debates en Turquía al finalizar el siglo, en

el marco de las últimas dos elecciones generales realizadas en abril de 1999 y en noviembre de 2002. En ambas elecciones, los partidos nacionalistas y de orientación religiosa han logrado asegurarse un porcentaje sustancial del total de votos y han formado Gobierno, ya sea en coalición o en solitario. Ambas elecciones causaron la alarma de muchos en Occidente, y los llevaron incluso a pensar que Turquía deseaba abandonar su larga historia de modernización y secularización de corte occidental y que el denominado “modelo” podría finalmente no constituirse como tal para todos.

DE 1999 A 2002: LECCIONES EXTRAÍDAS

El resultado de las elecciones de abril de 1999 tomó a mucha gente por sorpresa, ya que no se esperaba tal incremento de votos del Partido Movimiento Nacionalista (MHP), cuyo porcentaje de votantes pasó del 8% al 19%, hecho que lo convirtió en el segundo partido, por detrás del Partido Democrático de la Izquierda (DSP) liderado por Bülent Ecevit⁴. Frente a estos resultados electorales, básicamente se dieron tres tipos de respuestas: la idealista, la apologista y la pesimista. Los *idealistas* evocaron las elecciones anteriores a fin de reconfirmar su fe en el sistema. Para ellos el éxito de los nacionalistas era temporal, ya que sus votos reflejaban la frustración del electorado con los partidos de centro y sus incompetentes líderes. Para los *apologistas*, en cambio, este resultado fue muy natural, ya que el MHP había sufrido importantes cambios en sus políticas y en su ideología, después de la muerte de su fundador Alpaslan Türkeş, y la distancia con el centro político se había reducido considerablemente. En otras palabras, el MHP ya no era un partido radical ni ultranacionalista. Y, finalmente, los *pesimistas* comenzaron a elaborar escenarios apocalípticos para Turquía. El nacionalismo estaba en ascenso y esto significaba para la sociedad turca precisamente el aislacionismo o provincianismo.

Por contra, el resultado de las elecciones de noviembre de 2002 no cogió a nadie por sorpresa. Todos los sondeos de opinión indicaban que el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), liderado por quien fuera alcalde de Estambul, Recep Tayyip Erdogan, ganaría las elecciones con un amplio margen. Y esto es lo que efectivamente sucedió. El AKP recibió el 34,4% de los votos, y se aseguró 363 escaños en el Parlamento. El Partido Popular Republicano (CHP), por su parte, quedó segundo con el 19,4% de los votos y obtuvo así 178 escaños. Ninguno de los partidos políticos restantes alcanzó representación parlamentaria, ya que no superaron el 10% de los votos requeridos. Los partidos que formaron la última coalición fueron los perdedores absolutos de las elecciones. El partido del anterior primer ministro, Bülent Ecevit, el DSP, sólo recibió un 1,2% de los votos, mientras que el partido de centro-derecha liderado por Mesut

Yılmaz, el Partido de la Madre Patria (ANAP), y el MHP, de Devlet Bahçeli, obtuvieron el 5,1% y el 8,3% de los votos, respectivamente.

Una vez más se produjeron tres tipos de respuestas ante los resultados de las elecciones. La primera, compartida por los medios de comunicación y una parte importante de los círculos financieros internacionales, afirmaba que la palabra clave de las elecciones fue “islam”. En Occidente, muchos entendieron las elecciones como una señal de que Turquía estaba girando nuevamente hacia movimientos políticos de base religiosa. Por su parte, en el segundo tipo de respuesta, la palabra clave fue “reacción”, término que logró una amplia difusión en Turquía. Para los principales medios de comunicación turcos, para el *establishment* militar y también para los líderes de los partidos que habían resultado perdedores en las elecciones, el electorado había querido castigar al *establishment* político arraigado y que había presidido la crisis económica más grande de la historia reciente de Turquía. Desde este punto de vista, el AKP se había expresado en nombre de los pobres y los excluidos, las principales víctimas del programa de recuperación apoyado por el Fondo Monetario Internacional (FMI). Algunas versiones de esta visión también hacen hincapié en la eterna tendencia de los votantes turcos a optar por lo “nuevo” y lo “no probado”. Finalmente, una tercera línea argumental, planteada por un pequeño grupo de académicos, intentó explicar los resultados en términos de un realineamiento radical de la política turca⁵.

Nacionalismo

La pregunta que deberíamos plantearnos tanto en las elecciones de 1999 como en las de 2002 es la misma: ¿qué significan estos resultados? En otras palabras, ¿el éxito del MHP y el AKP en 1999 y 2002, respectivamente, representa una victoria del nacionalismo, en el primer caso, y del islam en el segundo? En realidad no es así. El problema que presentan las explicaciones convencionales se deriva no tanto de una lectura incorrecta de las tendencias prevalecientes en la sociedad turca, sino de un error más general: el de no reconocer la auténtica naturaleza del nacionalismo y la religión.

El argumento que sostiene que el aumento en los votos del MHP significa un crecimiento del nacionalismo supone, en el mejor de los casos, una infravaloración del atractivo del nacionalismo en Turquía. Incluso un rápido recorrido por la historia republicana de este país nos muestra que el nacionalismo ha sido siempre un jugador relevante en la política turca, tanto entre la derecha como entre la izquierda. En este sentido, lo que observamos en Turquía durante estos dos últimos años no es un incremento del nacionalismo, sino de la “popularización” del nacionalismo —el nacionalismo deviene más popular y por eso también más visible. Aquí lo que se presenta como problema es una forma de “reduccionismo”, el cual se manifiesta de dos maneras diferentes: en primer lugar, la mayoría de la gente equipara el nacionalismo con la política de extrema derecha, e ignora las formas de nacionalismo más populares y cotidianas. Las manifes-

taciones cotidianas del nacionalismo se encuentran en todos lados: los titulares de los periódicos, la música popular, los deportes o las celebraciones rutinarias ante la partida de los jóvenes hacia el Ejército (sólo basta recordar la campaña contra Italia después del arresto del líder del Partido de los Trabajadores del Kurdistán [PKK], Abdullah Öcalan, y la gente pateando las neveras Ariston en la calle)⁶. Esto muestra la importancia de la reproducción del nacionalismo. Los aparatos ideológicos del Estado, especialmente las instituciones educativas, han estado reproduciendo la idea de nación desde la fundación de la República (sin embargo, no hace falta decir que esto no es exclusivo de Turquía), e incluso de manera más acentuada después del golpe de 1980. En su intento por crear lo que se denominó la “síntesis turcoislámica”, el primer paso de la junta militar fue la “nacionalización” del currículum (en realidad, un mejor término sería la “nacional”-ización, dado que iniciaron este proceso agregando el prefijo “nacional” delante de todos los cursos ya existentes; el curso de geografía en el currículum de la escuela superior, por ejemplo, fue renombrado como “geografía nacional” de un día para otro). De manera retrospectiva, ahora podemos ver hasta qué punto este proceso fue exitoso, al constatar el número de jóvenes votantes del MHP (en las elecciones de 1999, el 26% de los votos del MHP provinieron de quienes votaban por primera vez). Así, en este contexto, la posición del Estado resulta crucial. El Estado tiene un papel clave en la promoción de la idea de nación; crea un entorno favorable para la recepción de propaganda nacionalista, haciéndola aparecer como menos amenazante, al mismo tiempo que se desacreditan ideas alternativas⁷.

La segunda forma en que se manifiesta el reduccionismo se refiere a esta visión de sentido común del nacionalismo que lleva a mucha gente a reducir el voto nacionalista en Turquía a los votos hacia el MHP. De hecho, todos los partidos utilizan la carta nacionalista de manera considerable. Bülent Ecevit, el ex primer ministro y líder del DSP, no es menos nacionalista que Devlet Bahçeli, líder del MHP, como lo muestra su posición en contra de los kurdos o respecto de la cuestión de Chipre. Cabe sólo recordar la crisis de Imia/Kardak para entender lo que es capaz de hacer Tansu Çiller, el ex líder del Partido del Camino Verdadero (DYP). Además, el actual líder de este partido es un ex jefe de policía y un acérrimo partidario de lo que se ha denominado el “Estado profundo”. El ANAP está lleno de antiguos ultranacionalistas. Uno de los seis principios ideológicos del denominado partido de centroizquierda, el *Kemalista* CHP, es el nacionalismo. Los islamistas pueden estar tratando de establecer lo que ellos consideran un “orden justo”, basado en los principios establecidos en el Corán, pero intentan alcanzarlo para una nación específica, concretamente la nación turca. Incluso el Partido Kurdo de la Democracia del Pueblo (HADEP) puede oponerse al *ethos* nacionalista dominante, pero sólo para defender a otro: el nacionalismo minoritario. En síntesis, el nacionalismo no menguaría si por ejemplo el MHP no lograra un buen resultado electoral, como de hecho ocurrió en las elecciones de 2002.

Religión

El argumento que acabamos de exponer también es válido en el caso de las elecciones de 2002. Es verdad que los electores del AKP asignan un importante valor a su identidad religiosa. De hecho, las cifras elaboradas a través de sondeos posteriores a las elecciones así lo confirman⁸. De ellas se desprende que sólo el 1% de quienes votaron por el AKP no realizan ayuno durante el Ramadán, en comparación con el 21% de los partidarios del CHP. Un 85% de quienes apoyan al AKP considera que las mujeres no deberían vestir trajes de baño en la playa y un 62% cree que los libros sagrados son más útiles para entender el mundo en el que vivimos que el conocimiento científico. La mitad de los partidarios del AKP piensa que los distintos ámbitos de la vida social, como el sistema educativo y legal, las relaciones padres-hijos, el patrimonio y el matrimonio, entre otras cuestiones, deberían organizarse en función de los principios religiosos (léase, islámicos). Estas cifras son ciertamente indicativas de la naturaleza religiosa de su electorado; sin embargo, esta imagen debería ser matizada, por lo menos, en tres sentidos importantes:

En primer lugar, si bien puede ser cierto que los seguidores del AKP son más religiosos que, por ejemplo, quienes apoyan al CHP, son también bastante representativos del electorado general. En este sentido, el 64% del electorado turco está de acuerdo con los seguidores del AKP respecto a que las mujeres no deberían usar trajes de baño. Casi la mitad del electorado general cree que los libros sagrados son más útiles que el conocimiento científico, en términos de la comprensión del mundo donde vivimos. En pocas palabras, en general, los votantes turcos son bastante religiosos y, con relación a esto, los seguidores del AKP no representan más que un microcosmos de la sociedad en su conjunto. Un último dato refuerza aún más esta visión. Cuando se les pregunta “si se sienten preferentemente musulmanes o turcos”, aproximadamente dos tercios del electorado general ha respondido que se sienten musulmanes. Estas cifras son en verdad alarmantes porque incluso entre los seguidores del MHP, el 53% manifestó sentirse en primer lugar musulmán frente al 37% que dijo turco.

En segundo lugar, encontramos una actitud bastante diferente entre los líderes del AKP. A pocas horas de la victoria, el líder de este partido, Recep Tayyip Erdogan, buscó aliados en quienes tenían una amenaza islamista a través del anuncio de su apoyo a una Turquía secular, democrática y orientada hacia Occidente. También calmó las ansiedades del mercado al declarar que lograría un acuerdo con el FMI. Los mensajes de Erdogan, cuidadosamente elegidos, buscaban tranquilizar a los ya nerviosos aliados occidentales y mostrar que el AKP mantendría los compromisos de Turquía respecto a las obligaciones internacionales asumidas dentro de la OTAN y la ONU. A pesar de algunos ocasionales contratiempos, Erdogan mantuvo su palabra y no existen fundamentos para pensar que pueda dar marcha atrás en la ya afianzada orientación secular de Turquía.

El tercer y último matiz se refiere a la realidad de la política turca. Aun cuando aceptemos que el AKP está decidido a otorgar un mayor peso a los valores religiosos en la vida política, su habilidad para lograrlo se encuentra altamente limitada dadas las restricciones propias de la vida política turca; es decir, al tener que enfrentarse a un Ejército poderoso, que se ve a sí mismo como el guardián de la república secular. Los seguidores del AKP parecen ser conscientes de esto, como lo muestra su actitud hacia la cuestión del velo. Por lo tanto, el 93% de los seguidores del AKP quieren que su partido tome las medidas legales necesarias para permitir que las estudiantes universitarias lleven el velo. Irónicamente, sin embargo, sólo el 24% de los mismos votantes considera que su partido debería lograr este objetivo a corto plazo. En otras palabras, incluso el electorado del AKP parece ser consciente de las limitaciones de la vida política turca y no espera cambios drásticos a corto plazo. Por esta razón, la idea de que el islam es prioritario para quienes han votado el AKP parece algo dudosa, como mínimo.

CONCLUSIONES

¿Qué es lo que nos dicen estas observaciones respecto al denominado crecimiento del nacionalismo y de la religión en Turquía, y de sus consecuencias en términos del discurso que plantea a Turquía como un modelo para el mundo islámico? Lo que nos dicen es que no tiene sentido plantear un crecimiento en los valores nacionalistas y religiosos en el contexto de las elecciones generales de 1999 y 2002, simplemente porque el nacionalismo y la religión no pueden ser reducidos a los votos emitidos a favor de determinados partidos. Tanto el nacionalismo como la religión constituyen marcos de referencia que nos ayudan a dar sentido a la realidad que nos rodea; inciden en nuestra visión del mundo. Por ello deben tenerse en cuenta en cualquier momento, independientemente de los factores coyunturales que supuestamente conducen a su intensificación o desaparición. De ahí que la respuesta a la pregunta de si Turquía es o será un modelo de democracia para Oriente Medio o el mundo islámico, dependerá de la interacción entre el nacionalismo, la religión y la democracia. Por supuesto esto no significa que la relación entre estas tres variables sea lineal, en el sentido que más religión signifique menos democracia. La realidad es mucho más compleja; la relación entre estas tres variables dependerá, en gran medida, de los contextos históricos y de ninguna manera es estanca y permanente.

Hoy, en Turquía, las líneas de batalla son claras y cristalinas. En términos generales, contamos, por un lado, con los progresistas que pujan por más democracia, y por el otro, con el frente nacionalista –denominados ingeniosamente en algunos medios de comunicación la “coalición de la manzana roja”–, deseoso de mantener a Turquía

tal como se encuentra hoy o como ha estado en los últimos 50 años. La palabra clave para esta batalla es la adhesión a la UE. La batalla se libra en numerosos frentes: en cuestiones de política exterior (Chipre), en la relación de Turquía con su pasado (el genocidio armenio o los *progrom* del 6 y 7 de septiembre de 1955), incluso en el ámbito judicial (los últimos casos contra Orhan Pamuk o el periodista turcoarmenio Hrant Dink). No sabemos cuál será el resultado de la batalla; sin embargo, sí sabemos de qué depende. Primero, de la actitud de los actuales Estados Miembros de la UE y de los europeos, quienes no han sido de mucha ayuda hasta ahora. También depende del momento, de la dilación de las negociaciones de adhesión por un par de años, hasta que el proceso de reformas comience a afianzarse. Esto es incluso más importante que una eventual incorporación plena de Turquía a la UE.

Por supuesto nos preguntamos dónde se ubica la gente en todo este proceso. Nos gustaría responder a la pregunta con un políticamente poco correcto diálogo de la serie de humor de la televisión británica de la década de los ochenta *Sí Ministro* (*Yes Minister*). En el transcurso de dicho diálogo Jim Hacker (JH), un ministro del Departamento de Asuntos Administrativos, alecciona a Sir Humphrey (SH), su secretario permanente, sobre la prensa en el Reino Unido:

JH: No me diga nada de la prensa. Sé exactamente quién lee los periódicos:

- *The Daily Mirror* es leído por la gente que dirige el país;
- *The Guardian* es leído por la gente que cree que deberían ser ellos quienes dirigieran el país;
- *The Times* es leído por la gente que de hecho dirige el país;
- *The Daily Mail* es leído por las esposas de la gente que dirige el país;
- *The Financial Times* es leído por la gente que es dueña del país;
- *The Morning Star* es leído por la gente que cree que el país debería ser dirigido por otro país.

SH: Señor ministro, ¿y qué sucede con la gente que lee *The Sun*?

JH: A los lectores de *The Sun* no les importa quién dirija el país siempre y cuando tenga “tetas grandes”.

Dejo a consideración del lector decidir qué periódico preferiría leer la ciudadanía turca.

Notas

1. Lewis, Bernard. “Why Turkey is the Only Muslim Democracy”. *The Middle East Quarterly* 1 (1), 1994. El texto completo de este artículo puede encontrarse en: www.meforum.org/article/216.
2. Discurso del ministro de Asuntos Exteriores británico, Jack Straw, en el Institute of Public Policy Research (IPPR), 8 de septiembre de 2005, www.fco.gov.uk

3. Discurso pronunciado por George W. Bush ante la Cumbre de la OTAN, Galatasaray University, Estambul, Turquía, 29 de junio de 2004, www.guardian.co.uk/nato.
4. Los resultados oficiales de las elecciones de 1999 y 2002 pueden consultarse en: www.e-harita.gen.tr/secim.
5. Esta línea de pensamiento excede el objeto de este trabajo. Para más información, véase Öni, Ziya y Keyman, E. Fuat. 'Turkey at the Polls: A New Path Emerges'. *Journal of Democracy*, 14 (2) (2003). P. 95-107.
6. Para un análisis del nacionalismo cotidiano, véase Billig, Michael. *Banal Nationalism*. London: Sage, 1995; y Özkırmılı, Umut. *Theories of Nationalism: A Critical Introduction*. Basingstoke y Nueva York: Palgrave Macmillan, 2000.
7. La reproducción del nacionalismo puede verse en Özkırmılı, Umut. *Contemporary Debates on Nationalism: A Critical Engagement*. Basingstoke y Nueva York: Palgrave Macmillan, 2005.
8. Datos de una encuesta postelectoral realizada en base a una muestra representativa de 1.206 personas (trabajo de campo llevado a cabo entre el 6 y el 12 de noviembre de 2002). Los resultados de esta encuesta se encuentran resumidos en Esmer, Yılmaz. "Seçim Sonrası Arasırması". *Post-Election Survey (2002)*, trabajo sin publicar.